

EL FORMATIVO EN EL VALLE DE HUALFÍN, UNA REVISIÓN CRÍTICA DESDE LA FUNEBRIA

Bárbara Balesta*, Nora Zagorodny* y Federico Wynveldt**

ABSTRACT

In the seventies, funerary materials belonging to Ciénaga portion of Muñiz Barreto Collection were used to define Formative/Early Period in Hualfin Valley (González and Cowgill 1975). The proposed categories and relative chronology based on pottery decoration have been in use until present date. A critical review of these materials allowed us to suggest a different spatial characterization of Ciénaga “cemeteries” (sensu Weiser and Wolters 1924-1926). Current chronological criteria and the classical dichotomy between figurative and non figurative images is questioned on the bases of semiotic methodology. Indicators of planning in pottery manufacture are identified and differences among tombs and funerary grave goods are interpreted as competition between individuals and/or groups related to resources.

Keywords: *Hualfin Valley – funerary space – Ciénaga – pottery manufacture*

* Laboratorio Análisis Cerámico. Facultad de Ciencias Naturales y Museo. UNLP.

** Laboratorio Análisis Cerámico. Facultad de Ciencias Naturales y Museo. UNLP. CONICET.

INTRODUCCIÓN

El Valle de Hualfín (Catamarca, Argentina) ha sido el marco –y el objeto de estudio– de numerosas investigaciones arqueológicas, algunas de las cuales se focalizaron en momentos y materialidades que en otras regiones se han asociado al Período Formativo y que en esta área fueron adjudicadas al Período Temprano (Figura 1). La Colección Muñiz Barreto, obtenida a partir de excavaciones en la década de 1920, sirvió de base para caracterizar la funebria del Temprano en el valle y para realizar la primera secuencia cronológica del noroeste argentino, que se contrastó con fechados radiocarbónicos procedentes de sitios de habitación.

En el presente trabajo se propone una revisión crítica de los fundamentos de dicha secuencia, intentando contribuir, desde el ámbito funerario, a la discusión sobre el concepto de Formativo en el área. A la luz de distintas metodologías de abordaje –análisis del discurso, semiótica y estudios arqueométricos–, se propone una nueva caracterización espacial de los “catorce cementerios” de La Ciénaga (*sensu* Weiser y Wolters 1924-1926) y una lectura diferente sobre la significación de la manufactura y decoración alfareras. Se formula una propuesta para la caracterización de los “cementerios” que trasciende lo meramente espacial, se analizan indicadores que sugieren una planificación de la manufactura cerámica funeraria y se cuestiona la dicotomía decorativa clásica entre figuración/no figuración, así como el criterio usado para la distinción temporal sobre la base de la decoración cerámica. Finalmente, se vinculan algunas diferencias halladas entre las tumbas con probables competencias entre individuos y/o grupos por el acceso a los recursos.

EL FORMATIVO Y EL VALLE DE HUALFÍN

Si bien las publicaciones arqueológicas pioneras de fines del siglo XIX y principios del XX referidas a materiales del Valle de Hualfín tienen indudablemente un gran valor científico e histórico, fueron las expediciones financiadas por Benjamín Muñiz Barreto y ejecutadas por Vladimiro Weiser y Federico Wolters durante la década de 1920 las que generaron la gran base de información arqueológica de la cual dispusieron los investigadores de allí en adelante (Balesta y Zagorodny 2000).

En la elección de dicho valle para la construcción de su secuencia, Alberto Rex González no sólo tuvo en cuenta su ubicación estratégica, sino también el hecho de ser una unidad geográfica muy bien definida y, sobre todo, la posibilidad de contar con los materiales y las anotaciones completas de los contextos funerarios de 1.200 tumbas de la colección Muñiz Barreto depositada en el Museo de La Plata, producto de las expediciones antes mencionadas. Sobre la base del análisis de dichos materiales y de nuevos aportes de excavaciones propias, González y Cowgill conformaron los contextos culturales y definieron las culturas arqueológicas que fueron ordenadas en cuatro períodos (González y Cowgill 1975). Esta secuencia tuvo tal peso que fue aplicada también a otras regiones, que de a poco fueron incorporando innovaciones a los esquemas locales. En cambio, en el valle mismo, aquel “esqueleto cronológico” de González se mantuvo casi inalterado.

En las últimas décadas, a pesar de que hubo nuevos aportes sobre diferentes aspectos como la funebria y la producción cerámica para los períodos Temprano y Medio, no ha habido una revisión crítica de los fundamentos de la secuencia original para esos momentos –excepto el

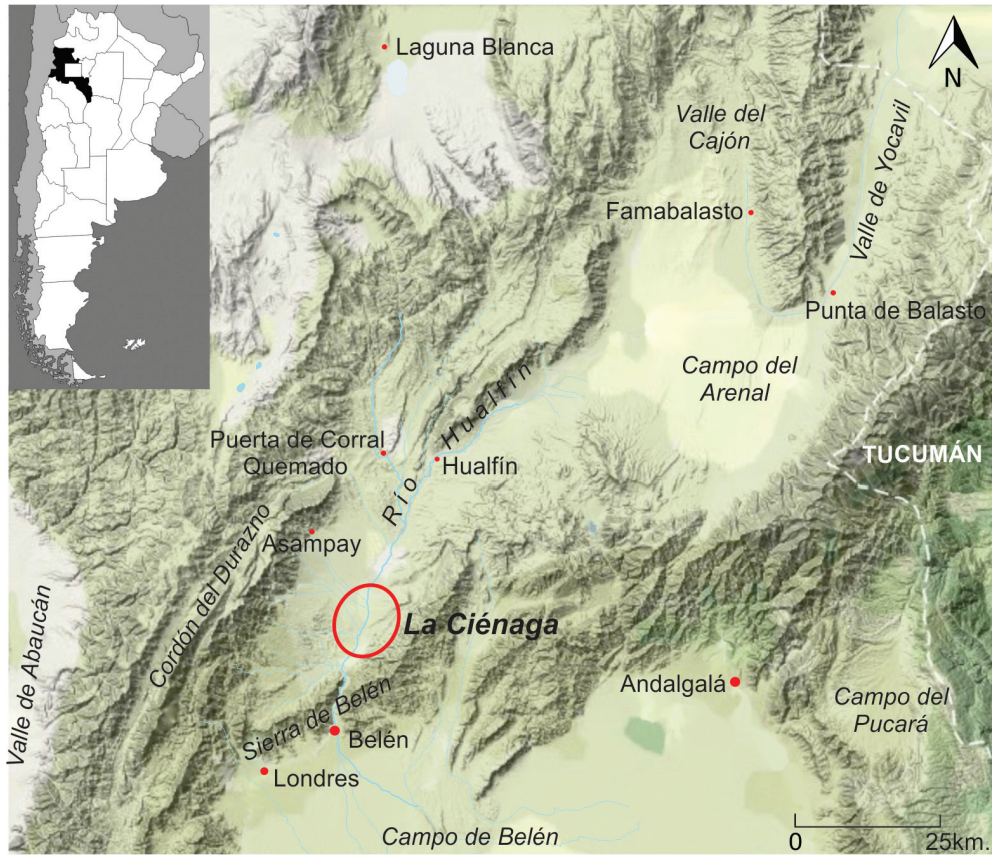


Figura 1. Mapa con la ubicación de La Ciénaga, el Valle de Hualfín y regiones aledañas.

trabajo de Balesta (2000)—, siendo que la mayor parte de los estudios que cuestionan las bases cronológicas corresponden al Período Tardío/Inka —por ejemplo Wynveldt (2009). En lo que respecta particularmente a los períodos Temprano y Medio, la muy baja representatividad de sitios que permitieran definir patrones de asentamiento y de contextos domésticos en el registro arqueológico han sido algunos de los factores más influyentes en la permanencia del esquema original, imposibilitando avanzar en interpretaciones acerca de algunas de las características que definen clásicamente al Formativo.

A continuación presentamos el análisis de un conjunto de tumbas correspondiente a la zona de los “catorce cementerios” de La Ciénaga y distintos aspectos de sus ajuares, intentando generar un nuevo aporte a la definición del Formativo del valle de Hualfín.

LOS “CATORCE CEMENTERIOS” DE LA CIÉNAGA

Como ya se ha comentado, en la localidad de La Ciénaga, Vladimiro Weiser y Federico Wolters excavaron lo que dieron en denominar “catorce cementerios”. Los mismos se sitúan en las márgenes del río Hualfín y sus confluencias con diversos cauces, entre los que se

destacan el Güiliche y el Diablo. Asimismo, se recuperaron materiales en sectores intermedios de estos “cementeros” a los que los autores denominaron “sepulcros entre cementeros”, “sepulcros aislados” y “urnas aisladas”, según el caso.

Los materiales correspondientes a los ajuares funerarios fueron recogidos en su totalidad mientras que los restos esqueléticos fueron redepositados en las tumbas, no obstante lo cual, la información quedaba fielmente registrada en las libretas de campo. Cabe aclarar que este registro fue llevado a cabo alternativamente por Weiser o por Wolters, y dado que no siempre resulta posible determinar cuál de ellos escribe, en las citas se incluye a ambos; en los casos en que se identifican se incluye la especificación.

Weiser y Wolters, en función de la presencia/ausencia de enterratorios, determinaron que cada uno de los distintos sectores excavados en los que había presencia continua de hallazgos correspondía a un “cementerio”. De tal modo, registraron la existencia de esos catorce cementeros y algunos entierros aislados en la localidad de La Ciénaga.

Con el fin de rescatar los criterios usados por los excavadores para definir un “cementerio”, se implementó una técnica de análisis del discurso basada en lo efectivamente expresado en los textos de las libretas (*sensu* Magariños de Morentín 1998). El análisis determinó que los criterios se definían fundamentalmente a partir de marcas visibles, la presencia de sepulcros, su sectorización, la disposición en filas, la presencia de urnas conteniendo niños y la estrategia de excavación.

Según lo señalado en los diarios por Weiser y Wolters, la primera evidencia para distinguir un cementerio estaba dada por la existencia de límites definidos. Estos límites estaban constituidos por marcas visibles, que en muchos casos les permitieron localizar y visualizar los cementeros, a partir de la presencia de grandes piedras, que podían estar alineadas o no, y que aparentaban ser cimientos de casas. Los límites contenían unidades espacialmente discretas, integradas por grupos de sepulturas. En algunos sectores de los cementeros se presentaban límites bien diferenciados; cuando esto no ocurría, la ausencia de entierros se transformaba en la evidencia de la finalización de un cementerio.

En función de la cantidad relativa de urnas funerarias presentes en cada cementerio, los autores definían la existencia de sectores especiales dedicados al entierro de niños y otros utilizados para el entierro de adultos. Con respecto a la existencia de estos sectores con franjas etarias definidas, Weiser manifiesta: “Sorprendente fue el destapar entre unos 150 sepulcros de niños apenas 10 sepulcros de adultos...” (Weiser y Wolters 1924:55).

Otra modalidad particular de enterrar estaba definida por el entierro en filas; al respecto señala: “Un arreglo claro en su posición no se pudo constatar, pero en algunos lugares se tuvo la impresión de que habían sido enterrados en filas” (Weiser y Wolters 1924:51).

A partir de lo reseñado por los autores se interpreta que la estrategia de excavación empleada consistía en excavar un área en la medida en que se seguían encontrando evidencias de tumbas, tomando una dirección determinada; las excavaciones se daban por finalizadas cuando los resultados de las mismas eran estériles. Sin embargo, existen algunos grupos de tumbas a los que denominan: “sepulcros entre cementeros”, “urnas aisladas”, “conjunto de cuatro urnas”, sector en el que “todavía hay algunos sepulcros”, “sepulcros aislados cerca de...”, etc. Todos estos aglutinamientos no constituirían para los expedicionarios cementeros en sí, sino sectores de entierro aislados. Creemos que los mismos podrían conformar sectores intermedios de menor densidad que aquéllos denominados “cementeros” y que darían continuidad a toda la zona. Por otra parte, es llamativa la diferencia en el número

de unidades de entierro que componen cada “cementerio”: el cementerio 1 consta de 189 tumbas, el cementerio 2 contiene 118 tumbas, el 3 exhibe 39, el 4 presenta 104 sepulcros, el cementerio 5 tiene 25, el 5a sólo 5 tumbas, el cementerio 6 consta de 89, el cementerio 7 exhibe 7 tumbas, el 8 contiene 67, el 9 consta de 34, el 10 de 118 y los sepulcros entre cementerios de 36. También se registra una sola tumba a la que denominan “lugar fuera del cementerio 6”. En cuanto a los cementerios de la zona sur: el número 11 tiene 17 tumbas y registran 9 sepulcros aislados en sus inmediaciones, el cementerio 12 contiene 9 tumbas, el 13 presenta 72 y en el 14 hay 45 tumbas (Tabla 1).

Tabla 1. Tumbas por cementerio

Espacios definidos por Weiser y Wolters		Cantidad de tumbas
Cementerio	1	189
	2	118
	3	39
	4	104
	5	25
	5a	5
	6	89
	7	7
	8	67
	9	34
	10	118
	11	17
	12	9
	13	72
14	45	
Sepulcros entre cementerios		36
Sepulcros aislados cerca del cementerio 11		9
Fuera del cementerio 6		1
Total de tumbas		984

Los resultados de nuestro análisis indican que el criterio principal seguido por los expedicionarios para definir la presencia de un cementerio es netamente espacial y está dado por la existencia o no de núcleos densos de tumbas. Por otra parte, los mismos no tuvieron en cuenta las diferencias en los tamaños relativos de los cementerios ni el perfil mortuorio de los mismos para establecer si cada una de estas unidades espaciales podía ser efectivamente definida como un cementerio. Al referirnos al “perfil mortuorio” hacemos alusión a las diferencias en el número de tumbas que componen cada cementerio. Esta situación, sumada al análisis de la composición etaria en cada uno de ellos –que indican fuertes desequilibrios–, no sería compatible con lo esperable en función de las expectativas de vida de una población, aún teniendo en cuenta una alta mortalidad infantil (Castro Martínez *et al.* 1993/94). En estas sociedades los grupos de edades deberían guardar lo que se denominan como “proporciones naturales” –mitad adultos y mitad subadultos– (Howell y Kintigh 1996). Al respecto se puede señalar que para nuestra muestra, sólo el cementerio

10 exhibe una proporción *aproximadamente* natural (40% de adultos y 60% de subadultos), mientras que en los cementerios 1 y 9 se muestra una gran desproporción al respecto (31 y 69% y 79 y 21% respectivamente).

Igualmente Weiser señala sus dudas acerca de la separación o continuidad de los distintos sectores: “Observando el croquis que abarca el sitio de nuestras principales excavaciones de este año y del año pasado, se ve que poco a poco empiezan a unirse los diferentes cementerios. Momentáneamente trabajamos en el cementerio 10 y creo que alcanzaré a unir los cementerios 10, 9 y 1” (carta de Weiser a Muñiz Barreto del 20-4-1926).

Weiser también había notado que las separaciones entre sectores y consecuentemente las diferencias de tamaño entre los cementerios podían obedecer a fenómenos de erosión, que hicieran desaparecer áreas que podrían haber conectado los mismos. Al respecto encontramos una referencia sobre el cementerio 7: “Visiblemente, era este cementerio ya muy disminuido en su parte Oeste por la erosión, que en muchas zanjas y zanjitas había una gran parte llevado de la orilla del cementerio” (Weiser y Wolters 1926:140).

La aplicación del término “cementerio” por parte de los expedicionarios –probablemente influidos por la concepción europea contemporánea sobre los mismos–, implicaba la existencia de un área espacial de límites precisos, probablemente asociada a alguna forma geométrica reconocible, de lados rectos y con una modalidad de entierro en filas. En todos aquellos lugares en los que no se cumplían estas condiciones, determinaron que si bien se trata de lugares de entierro, eran exteriores a los cementerios propiamente dichos.

Teniendo en cuenta las similitudes encontradas en las modalidades de entierro, disposiciones de cuerpos y ajuares –que se comentarán con más detalle– así como los efectos de la erosión que pudieron afectar la presencia continua de tumbas, consideramos que los racimos espaciales denominados “cementerios” por parte de los excavadores no necesariamente son reales, sino que serían la consecuencia tanto de efectos naturales como de la estrategia de excavación empleada. En consecuencia proponemos que el área de entierros a la vera del río Hualfín constituye una gran necrópolis –con subáreas que muestran modalidades diversas– usada durante varios cientos de años por sus pobladores.

Análisis de la localización de cuerpos y piezas de ajuar dentro de las tumbas

De acuerdo a la distribución etaria por tumba podemos distinguir entre unidades de entierro de subadultos, adultos, y mixtas. Estas últimas combinan la existencia de las dos categorías en una misma unidad de entierro.

Para el estudio de la modalidad de entierro se tomó una muestra conformada por 377 tumbas del sector Noreste de la necrópolis –los cementerios 1, 9, 10 y sepulcros entre dichos cementerios en la confluencia del Hualfín con el Güiliche–. Al respecto podemos señalar un porcentaje abrumadoramente mayor de entierros individuales: en los cementerios 1, 9 y 10 entre el 82% y el 87% y el 67% en los sepulcros aislados.

Con referencia a las posiciones de los cuerpos la muestra quedó conformada por 245 esqueletos. En el caso de los subadultos se tuvieron en cuenta sólo los entierros directos ya que no resulta posible determinar cómo se ubicaban los niños depositados dentro de las urnas. Tanto en adultos como en subadultos se consideraron únicamente los casos en que se podía determinar claramente –a través del análisis de cortes y plantas de las tumbas– la posición en

que se encontraba el cuerpo. Esta información, en las libretas de campo, se complementa con descripciones escritas por Weiser y Wolters (1924-26) sobre las ubicaciones de los cuerpos en cada unidad de entierro.

Las disposiciones para la muestra definida indican que las dos modalidades más frecuentes son: extendidos –en posición decúbito dorsal– y flexionados. Los entierros flexionados se pueden subdividir en: posición decúbito dorsal, flexionados sobre el lado derecho y sobre el lado izquierdo, con claro predominio de los primeros, según se observa en la Tabla 2.

Tabla 2. Disposiciones de los cuerpos

Espacio funerario	Edad	Cantidad de cuerpos	Extendidos decúbito dorsal	Flexionados			Porcentaje total
				Decúbito dorsal	Lado derecho	Lado izquierdo	
Cementerio 1	Adultos	63	6%	38%	44%	12%	94%
	Subadultos	46	26%	59%	15%	0%	74%
Cementerio 9	Adultos	23	10%	50%	40%	0%	90%
	Subadultos	3	0%	68%	32%	0%	100%
Entre cementerios	Adultos	24	0%	32%	63%	5%	100%
	Subadultos	12	0%	75%	25%	0%	100%
Cementerio 10	Adultos	61	8%	32%	51%	6%	92%
	Subadultos	13	0%	54%	46%	0%	100%

Con referencia a las características estructurales de las tumbas, en líneas generales se puede puntualizar que las mismas se presentan del siguiente modo: entierros en contenedores funerarios (urnas, virques o tinajas *sensu* Weiser y Wolters 1924-26) para subadultos y entierros directos para adultos y algunos subadultos. En los casos de entierros directos existen algunas unidades de entierro que presentan como característica particular, adiciones constructivas realizadas con grandes bloques de piedras a modo de paredes y/o separaciones entre cuerpos.

Prevalecen los entierros flexionados sobre los extendidos, tanto en subadultos como en adultos.

Si comparamos los cementerios entre sí, la modalidad de disposición espacial de los cuerpos con respecto al norte geográfico –señalizado en las plantas de las tumbas– no muestra preferencias. Las distinciones más apreciables se registran con referencia a las edades de los cuerpos enterrados: entierros en contenedores cerámicos para los subadultos, sectores de entierro casi exclusivamente dedicados a ellos y con menor cantidad de ajuar funerario que los de mayor franja etaria.

Asimismo, se registró una gran variedad con respecto a la ubicación de las piezas al interior de las tumbas: en algunos casos parecen distribuidas entre los cuerpos, como si distintos individuos compartieran el mismo ajuar; en otros parecen actuar como separadores de los esqueletos y a veces se pueden atribuir ciertas piezas a cada cuerpo. Esto último se da especialmente en los casos de objetos fabricados con materias primas que aparecen con baja frecuencia, tales como cobre y malaquita, que suelen situarse sobre distintos sectores de cada cuerpo (cuello, brazos, pecho).

Se detectan prevalencias de entierros de subadultos o de adultos, individuales o múltiples, configurando distintas subáreas. Por ejemplo, en el cementerio 1, en el espacio excavado en 1924/25, se observa un predominio absoluto de tumbas de subadultos, baste remarcar que la primera tumba de adultos aparece luego de haberse excavado 47 entierros de subadultos contiguos. En el denominado “sector continuación del cementerio 1”, excavado posteriormente, los entierros múltiples se agrupan configurando una subárea. A partir de los datos del registro se puede sugerir que existe un patrón de disposición por sectores en los que se marcan distinciones fundamentalmente entre edades y modalidades de entierro. Este patrón indica una organización en la que la diferenciación individual se favorece sobre la identidad grupal, ya que en todas las áreas existe un predominio de entierros individuales. Cuando se habla de identidad se define como la identificación de los individuos sobre la base de diferencias socialmente sancionadas como significativas. La identidad, a través de sus expresiones materiales, puede aludir a edad, género, status, rol, etnicidad, membrecía, genealogía, entre otros aspectos y puede referirse a la relación de un individuo consigo mismo o como integrante de un grupo (Tilley 1999; Díaz Andreu y Lucy 2005).

En base a lo expuesto, creemos que hay una clara intencionalidad en la ubicación de los cuerpos y objetos en subáreas determinadas y probablemente una planificación, que estaría manifiesta a través de la ubicación de entierros en hileras, por edades, por modalidad de entierro y por clases de ajuar –este último aspecto se desarrollará más adelante–.

LOS ACOMPAÑAMIENTOS CERÁMICOS

Las morfologías más frecuentes de las vasijas depositadas como acompañamiento funerario están representadas por cuencos, vasos y jarros (*sensu* Balfet *et al.* 1992). Hay urnas de formas abiertas y cerradas; la mayoría se clasifica como tinaja. Las formas aparentes de las urnas son esencialmente similares a las de las piezas más pequeñas, pueden ser simples o compuestas, con una o dos asas colocadas de diversas maneras, cuellos más o menos prolongados, siendo sólo su mayor tamaño la diferencia apreciable a simple vista (Balesta 2000; Zagorodny y Balesta 2005).

Existe muy poca diversidad morfológica en el universo relevado. Sobre una muestra de 551 vasijas, correspondientes al sector Noreste de la necrópolis, las formas registradas son básicamente dos para las piezas abiertas (cuenco y vaso) mientras que para las cerradas se observa una sola morfología (olla) con tres variantes (tinaja, olla y jarro).

La mayor parte de los cuencos tienen una boca que mide entre 10 cm y 16 cm (80%) y una altura de 5 cm a 9 cm (86%). Los vasos, en su mayoría, tienen una boca de 9 cm a 11 cm (62%) y una altura de entre 8 cm y 11 cm (71%). Los jarros, en general, presentan bocas que miden entre 6 y 11 cm (66%) y alturas entre 6 y 14 cm (61%).

La gran mayoría de las urnas son piezas cerradas (83%). Las formas aparentes de las mismas son esencialmente similares a las de las piezas más pequeñas, siendo sólo su mayor tamaño la diferencia apreciable a simple vista. Sus bocas alcanzan rangos de 23 a 25,9 cm (52%) o de 30 a 31,9 cm (24%) y su altura está entre 31 y 35,9 cm (76%).

De lo expuesto se puede deducir que desde el punto de vista del tamaño existe un rango acotado de medidas para la producción de cada clase de piezas. La morfología más regular

en este sentido está representada por los vasos, que son los que presentan menor rango de variación.

El volumen más importante está representado, en todos los cementerios, por vasijas de tamaño mediano en el sentido establecido por Balfet *et al.* (1992) –según las cuales los cuencos se consideran *grandes* cuando su abertura sobrepasa los 19 cm mientras que denominan *vaso grande* a dicho tipo de piezas cuyo diámetro de abertura es superior a 12 cm.

La decoración de la cerámica Ciénaga y sus implicancias cronológicas

La decoración de la cerámica de la Colección Muñiz Barreto ha sido la base fundamental para adjudicar distintas etapas cronológicas a los materiales recuperados en el Valle de Hualfín, que sirvieron de base para establecer fases temporales que se extendieron a todo el NOA. La secuencia cronológica formulada para el área fue condensada fundamentalmente en el trabajo de González y Cowgill de 1975 en el cual propusieron una cronología para el área, en fases temporales basándose en la seriación de tumbas de los materiales de La Ciénaga recuperados por Weiser y Wolters y en fechados radiocarbónicos de algunos sitios de habitación cercanos. A fin de realizar la seriación de tumbas los autores clasificaron los materiales en tipos, para lo cual definieron a un tipo como “...un conjunto de rasgos técnicos y estilísticos claros y objetivos” (González y Cowgill 1975: 384). Los tipos se obtenían en función de rasgos decorativos y tecnológicos –estos últimos contemplaban el acabado de superficie y la técnica empleada para decorar–; una vez obtenidos, se estudiaban las asociaciones por tumba y luego se disponían dichas asociaciones en secuencia. La secuencia se llevaba a cabo mediante la utilización de programas de computación y se asumía que las discontinuidades obtenidas por este medio reflejaban cambios drásticos en las tradiciones cerámicas.

El lapso que nos ocupa –200 d.C. a 600 d.C.– refleja tres fases en dicha secuencia. En la Tabla 3 se enumeran los tipos definidos por los autores como aquéllos más característicos para cada fase, no obstante se realizan algunas salvedades a continuación.

En la primera fase –denominada La Manga, entre 200 y 300 d.C.– apuntan, “en determinado momento”, la aparición de la técnica a la que denominan Incisa Puntiforme, el tipo Ciénaga Línea Gruesa y “los motivos espigados y punteados” (González y Cowgill 1975: 389).

En la fase llamada Güiyischi o Ciénaga II –entre 300 y 450 d.C. –, persisten el Ciénaga Rojo sobre Ante y el Ciénaga Rojo Morado; además, se agregan el Ciénaga Inciso Puntiforme y el Ciénaga Rojo Liso. Estos tipos, junto a los denominados Ante Liso, Crema Liso, Línea Gruesa, Negro Liso y Negro sobre Ante son los que estos autores definen como diagnósticas de la fase II. También anotan como “comunes”, las figuras de saurios, antropomorfas simples, zoomorfas y ornitomorfas (González y Cowgill 1975: 389).

Finalmente, la fase Casa Vieja o Ciénaga III –que abarca entre 450 y 600 d.C. –, es considerada como una etapa de transición entre Ciénaga y Aguada. En ella continúan siendo “comunes” las figuras de saurios, antropomorfas y ornitomorfas pero los autores especifican que las mismas se hallan estilística y técnicamente “mejor elaboradas” (González y Cowgill 1975: 390).

También consideran importante puntualizar que en esta fase aparecen tipos Aguada, como Aguada Gris Motivos geométricos y Aguada Gris Lisa.

Tabla 3. Tipos característicos para cada fase definidos por González y Cowgill (1975)

La Manga / Ciénaga I	Güiyischi / Ciénaga II	Casa Vieja / Ciénaga III
Inciso Simple	Ante Liso	Ante Liso
Inciso Simple Pintado	Crema Liso	Crema Liso
Rojo sobre Ante	Rojo sobre Ante	Rojo sobre Ante
Rojo Morado	Rojo Morado	Anaranjado Liso
-	Inciso Puntiforme	Inciso Puntiforme
-	Línea Gruesa	Línea Gruesa
-	Negro Liso	Negro Liso
-	Negro sobre Ante	Allpatauca Inciso
-	Rojizo Liso	Urnas grises lisas

Por otra parte, González y Cowgill (1975) enumeran en las primeras etapas de Aguada, la “continuidad” de ciertos tipos a los que denominan como Ciénaga de Transición:

- Allpatauca Inciso
- Ciénaga Ante Liso
- Ciénaga Dibujos Negros
- Ciénaga Negro sobre Ante
- Ciénaga Negro y Rojo sobre Ante
- Ciénaga Línea Gruesa

Al intentar realizar la adscripción de las piezas según las tipologías establecidas en los trabajos señalados se presentaron dificultades para reconocer los tipos. En algunos casos esto se debió a que sus características no se hallan claramente descritas y en otros, porque las características atribuidas a los tipos se mezclan, produciéndose de este modo la imposibilidad de identificarlas y atribuirles a una sola fase.

Las principales dificultades encontradas en el transcurso del trabajo que guardan relación con el modo en que fueron elaborados los tipos se detallan a continuación:

- los tipos no se hallan descritos y las denominaciones no siempre son unívocas, por ejemplo no se explica qué diferencia existe entre el Ciénaga Negro sobre Rojo y el Ciénaga Dibujos Negros que aparece en Aguada;
- en las categorías que implican arrastre de material –Inciso Simple, Inciso Puntiforme y Línea Gruesa– no se especifica si la denominación se refiere a la línea de contorno, al relleno de la figura, o a ambas; ni tampoco a qué grosor de línea se hace alusión (Balesta 2000). Por otra parte, se han detectado numerosos casos en que las técnicas se combinan en una misma pieza (Figura 2);
- la continuidad del Inciso Puntiforme a través de las tres fases le quita valor como tipo diagnóstico;
- cuando comienzan las referencias a la fase Aguada, los autores especifican que “en las primeras etapas continúan los tipos Ciénaga de Transición” (González y Cowgill 1975: 391) como el Negro y Rojo sobre Ante y Ciénaga Dibujos Negros. Sin embargo, estos tipos no habían sido nombrados en ninguna de las tres fases anteriores;

- el tipo Ciénaga Negro sobre Ante de la fase II, que aparentemente había desaparecido en la fase III, vuelve como un tipo de transición hacia Aguada;
- el tipo Negro Liso, en este corpus, resulta de difícil adscripción, ya que en general la pasta se ve en distintas gamas de grises, aún dentro de la misma pieza. Tomando en consideración cada vasija, por efecto de la cocción, se pueden observar diferentes tonalidades que pasan también por tonos castaños y en algunos casos exhiben manchas negras;
- los tipos Ante Liso, Rojizo Liso y Anaranjado Liso, resultan confusos al momento de adscribir una pieza en función del color de la pasta;
- el apelativo “comunes”, aplicado al caso de saurios y ornitormorfos no resulta operativo, ya que no se sabe si se refiere al grado de elaboración de las figuras o al número relativo de las mismas en el universo;
- la alusión a “antropomorfo simple” resulta insuficiente, puesto que no especifica si se refiere a que las figuras carecen de rasgos humanos o a las técnicas de ejecución del dibujo;
- las urnas grises lisas se proponen como tipo diagnóstico para la fase III; no obstante, el resto de los contenedores funerarios no aparecen nombrados en las fases anteriores. Parecería que el criterio de los autores se inclina a colocar urnas aparentemente más simples en la última fase, ya que siguiendo un criterio evolutivo, resultaría más lógico explicar la desaparición gradual de estos contenedores como modalidad de entierro a medida que nos aproximamos hacia el fenómeno Aguada. Cabe señalar que en las urnas decoradas se registran diseños figurativos que podrían indicar su pertenencia a las fases I (espigados, incisión simple), II (figuras zoomorfas y antropomorfas, distintos tipos de pintura) y aún a la fase III (figuras de saurios y antropomorfas);



Figura 2. Figuras geométricas con camélidos.

- la adscripción de las urnas como un tipo específico, introduce un nuevo criterio clasificatorio, que contempla la funcionalidad de las piezas y que no había sido enunciado cuando los investigadores comentan la metodología empleada;
- otros objetos –pipas, piezas escultóricas, cerámica “tosca”–, no fueron incluidos en el análisis, aun cuando constituyen ítems importantes en la caracterización de esta cultura. Según se ha referido, los criterios diagnósticos propuestos no funcionan de forma inequívoca y los tipos y fases propuestos resultan insuficientes para una efectiva adscripción de las piezas.

El complejo felínico en la “Fase Ciénaga”

En “The Felinic Complex in Northwest Argentina”, González (1972) subdivide a Ciénaga en tres fases principales y explica que el complejo felínico se halla ampliamente representado en su cerámica. Concede particular importancia al hecho de que a través de su análisis se puede seguir una evolución desde la representación de un felino simple hasta las figuras complejas denominadas “draconianas” y atribuye este cambio a influencias provenientes del norte. Según este autor, Ciénaga representa un momento transicional en el desarrollo, a continuación de Condorhuasi. Con el desarrollo de Aguada, la iconografía felínica alcanza su pico de frecuencia y su máximo desarrollo tanto artístico como tecnológico.

Para definir el complejo felínico, González utilizó las piezas que presentaban representaciones icónicas zoomorfas identificadas como camélidos, en las que observaba, en algunos casos, ciertos grados de “felinización”. El conjunto de características diagnósticas propuestas para cada fase establece: la fase Ciénaga I carece de diseños figurativos y las vasijas están decoradas con patrones incisos sobre superficies de acabado gris o negro. En Ciénaga II reaparecen elementos figurativos: “...the feline now looks llamalike, and is drawn in a sketchy and rigid fashion, with straight lines” (González 1972:123).

Dentro de esta fase identifica distintos momentos: “At the beginning, the feline figures are distinguished by their straight and pointed ears, rectangular or triangular body, and simple tail. In the following step, it is possible to see the appearance of protruding claws, and prominent lines of teeth all of the figures look forward. In a more advanced step, the head is turning back, the legs and tail are curved, the simple straight lines are replaced by a more frequent use of curved lines. The use of circular design representation of the feline spot is more and more frequent” (González 1972: 123). A cada uno de estos momentos González los denomina como etapas 1, 2 y 3 dentro de la fase Ciénaga II.

Para la última fase (Ciénaga III), sólo menciona que existe una complejidad creciente en los diseños lo cual, a su criterio, está marcando la transición hacia la cultura de la Aguada.

En vista de la importancia atribuida por González a la figura del camélido/felino para establecer indicadores cronológicos se procedió a analizar el contenido cerámico de las tumbas donde aparecían las piezas que contienen este tipo de imágenes (Balesta 2000). Las representaciones se trabajaron de acuerdo a lo establecido en su clasificación del año 1972, a fin de identificar las etapas propuestas y combinar esta clasificación con las pautas de la publicación de 1975 en la que se incluyen las representaciones no icónicas, con el objeto de reconstruir las asociaciones contextuales dentro de cada unidad de entierro.

A continuación se incluye, a modo de ilustración, un ejemplo correspondiente a la tumba 15, del denominado “cementerio 1” que contiene las piezas catalogadas del 7800 al 7802:

La vasija 7800 es una olla (*sensu* Balfet *et al.* 1992) gris lisa, usada como contenedor funerario. De acuerdo con la tipología de González y Cowgill (1975) se adscribiría a la fase III.

El cuenco 7801 (Figura 3, izquierda), de pasta gris, presenta camélidos/felinos con una cabeza hacia el frente y otra dada vuelta. Podría representar la fase Ciénaga II, etapa 3, no obstante, no hay utilización de líneas curvas y no tiene patas ni colas. Atendiendo a las orejas y el cuerpo podría adjudicarse a la fase II, etapa 1, aunque por las fauces, se ubicaría en la etapa 2 o 3. Considerando la morfología de la vasija y la configuración felinizada de la imagen, podría adscribirse como de transición hacia Aguada, sin embargo, no presenta líneas curvas.

La vasija 7802 (Figura 3, derecha) es una olla gris, que presenta sobre el borde una guarda de incisiones cruzadas; por debajo, en el cuerpo, hileras de rombos concéntricos en juego de figura/fondo con relleno de líneas. Sobre los bordes y entre los rombos hay triángulos con sus bases apoyadas sobre las líneas que limitan la banda. Podría clasificarse como Ciénaga Incisa Simple y por lo tanto pertenecer a Ciénaga I.

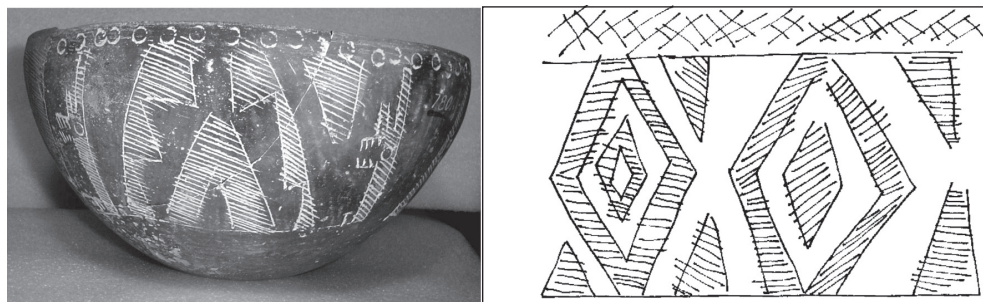


Figura 3. Izquierda: cuenco 7801. Derecha: decoración de la olla 7802.

Según la descripción realizada, se observan dificultades para adscribir la vasija 7801 siguiendo las características establecidas en el trabajo de 1972. Aún si dejáramos de lado la ubicación de la imagen según etapas y optáramos sólo por decir que pertenece a la fase II, nos encontramos con la dificultad de que las otras dos vasijas pertenecerían a distintas fases (III y I respectivamente).

Como puede observarse, a partir del ejemplo planteado, cuyos impedimentos persisten en toda la muestra (Balesta 2000), las características establecidas por González (1972) para la adjudicación de los camélidos/felinos a distintas fases y etapas no se muestran en las imágenes de forma clara y excluyente, sino que se mezclan en la composición de cada figura, ocasionando dificultades para su adscripción.

Análisis semiótico de las figuras de camélidos

A raíz de las inconsistencias reseñadas en la caracterización del complejo felínico se decidió estudiar las vasijas decoradas con figuras de camélidos aplicando una técnica de análisis semiótico de imágenes (Balesta 2000; Zagorodny y Balesta 2005).

La porción Ciénaga de la Colección contaba según los catálogos, al momento de su ingreso al Museo de La Plata, con 2418 piezas cerámicas. No todas se pudieron hallar en depósito al momento de realizar los diversos registros y su número ha ido variando por pérdidas, roturas y/o traslados de materiales, por lo cual se puede hablar de más de dos mil, de las cuales aproximadamente el 50% están decoradas. De esas mil vasijas decoradas, sólo 45 exhiben representaciones icónicas identificables como camélidos. Estas piezas fueron comparadas entre sí, a partir de lo cual se registraron las unidades mínimas que conformaban cada uno de los animales representados.

Se determinaron relaciones de equivalencia entre unidades, cuando éstas adoptaban la misma posición relativa dentro de cada figura y se configuró el repertorio de unidades usadas para representar camélidos –cabezas, pescuezos, lomos y patas–. También se detectaron segmentos que no se corresponden con la anatomía del género *Lama*, tales como garras, fauces y manchas –que habitualmente se atribuyen a felinos–.

Luego se compararon las figuras con las características físicas y las conductas adjudicadas a los camélidos; se pudieron observar modalidades de expresión que exhibían características diferenciales entre los animales. Por ejemplo, animales de distintos tamaños con distintas posiciones en sus cabezas (Figura 3, izquierda), con las patas recogidas (Figura 4), por lo que se propone que en algunos casos están en movimiento, en otros parados y quietos. Frecuentemente los animales muestran una elevación en el lomo, que sugiere que se trata de llamas cargadas –a veces se dibujan cordeles–. Otros camélidos presentan líneas sobre el cuerpo (Figura 4) que podrían representar buena cantidad y calidad de pelo.



Figura 4. Camélidos icónicos alineados.

Las diferencias detectadas en las formas de representación fueron atribuidas a la intención de reflejar: diversos tamaños, características anatómicas específicas, números variables de individuos por friso y actitudes de los animales. Dichas diferencias fueron interpretadas como reflejo de: tamaños variables de los rebaños, diferencias entre tamaños y/o edades de

los animales, variedad de posturas, distancia entre los mismos y con respecto al observador, diversos comportamientos y/o funciones.

Se observa en las figuras una gran diversidad en el modo de representación, para lo cual se usó un repertorio finito de unidades, combinadas para ilustrar diferentes imágenes. Algunas se presentan como más naturalistas, en algunos casos más estáticas, en otras ocasiones más dinámicas. Dentro de las piezas de ajuar decoradas el número de vasijas con representaciones de camélidos es muy exiguo –2% sobre más de mil como ya se ha señalado–; además, las diferencias registradas entre cada una de ellas las constituye en ejemplares únicos.

Las características establecidas por González (1972) para la adscripción de las figuras de camélidos/felinos a diferentes fases que marcarían cronologías diferentes no se muestran, en las representaciones, en forma clara y excluyente, sino que se mezclan en la composición de cada figura, ocasionando dificultades para la categorización de las mismas. Por otra parte, las diferencias detectadas no parecen configurar evidencias que –hasta el momento–, permitan establecer distinciones cronológicas.

Al realizarse la segmentación de las imágenes se puso de manifiesto que las mismas unidades mínimas que las conformaban se hallaban representadas en guardas clasificadas como “geométricas”. El repertorio de unidades reconocido en las representaciones icónicas fue identificado en las guardas no icónicas, pero dispuestas en combinaciones que generaron figuras distintas. A continuación proporcionamos algunos ejemplos ilustrativos.

En la Figura 2 se identificaron cabezas y pescuezos de camélidos en negativo, compartiendo un lomo escalonado sobre fondo de líneas incisas, dentro del cual se ubican triángulos concéntricos. Las distintas texturas operan de figura y de fondo alternativamente y los animales se pueden reconocer tanto si mantenemos la vasija apoyada sobre su base como dándola vuelta.

En la pieza de la Figura 5 se observan animales con pescuezos rectilíneos, cabezas rectangulares y orejas representadas por dos líneas verticales. Los cuerpos están constituidos por escalonados y son compartidos por pares de animales, que se hallan al derecho e invertidos. Los escalonados, pescuezos y cabezas se hallan en negativo y el fondo es espigado; entre dos pares de animales se ubica una fila vertical de rombos concéntricos.

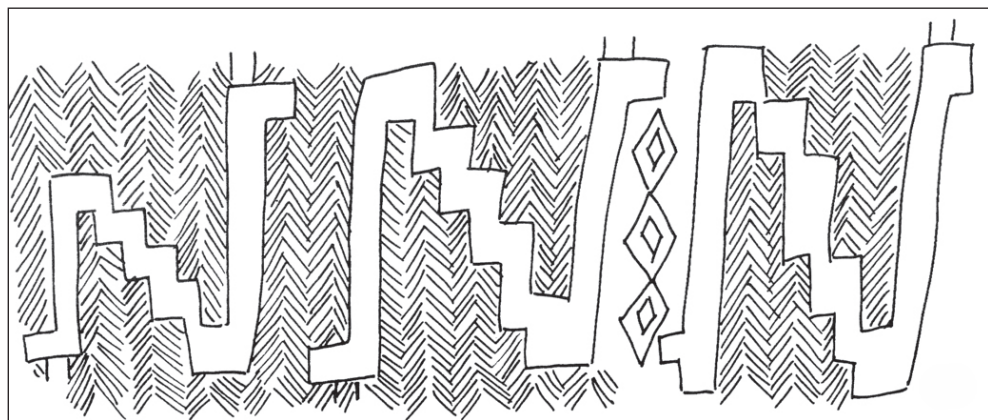


Figura 5. Camélidos incluidos en guarda geométrica.

El análisis llevado a cabo y los ejemplos comentados demuestran que para estas expresiones no rigió el modelo occidental que distingue entre imágenes figurativas/no figurativas, ya que la presencia de los camélidos fue detectada aún en frisos caracterizados como “geométricos”.

La fragmentación detectada en las figuras icónicas a través de lo realmente expresado por los productores alfareros (Magariños de Morentín 1998) permitió develar una estructura cognitiva –reflejada en un conjunto relativamente pequeño de unidades mínimas en diversas combinaciones–, que luego se pudo descubrir en las figuras de apariencia geométrica. En tal sentido, el trabajo realizado a través de la aplicación de la metodología semiótica difiere de las clasificaciones anteriores (González 1972; González y Cowgill 1975) que parten de la intuición de quienes las formularon.

Análisis petrográfico de las pastas cerámicas de La Ciénaga

Uno de los objetivos del presente trabajo se halla vinculado con el análisis e identificación de indicadores que sugieren una planificación de la manufactura cerámica funeraria. Una de las vías de abordaje para su tratamiento fue el estudio de las pastas cerámicas a partir de la composición de las mismas. Para este fin se realizaron cortes delgados de tiestos conspicuos que fueron analizados con microscopio de polarización. La recurrencia de ciertos tipos de inclusiones permitió diferenciar distintas “recetas” para la confección de las pastas con las cuales fueron manufacturados los objetos cerámicos destinados a ser acompañamientos de los cuerpos inhumados. La significación de estas diferencias aun no puede ser interpretada dado que las mismas no se vinculan a clases morfológicas específicas ni a representaciones determinadas plasmadas en las vasijas. No obstante no creemos que las mismas hayan tenido un correlato cronológico, o sea que se hayan utilizado distintos modos de hacer las pastas en diferentes momentos de su larga historia ya que vasijas análogas tanto en morfología como en decoración, representantes de estas diferencias, estuvieron asociadas en una misma unidad de entierro.

La caracterización composicional de las pastas de la cerámica funeraria de La Ciénaga fue realizada a partir del análisis petrográfico de fragmentos recolectados en los barreales correspondientes al área de los “catorce cementerios” de La Ciénaga. Para tal fin se diseñó una prospección y recolección controlada en la zona que permitió obtener un conjunto de alrededor de 500 fragmentos. Los mismos sirvieron de base para la realización de estudios tecnológicos que permitieron caracterizar la composición de las pastas Ciénaga, evitando de este modo la utilización de los materiales de colección.

El material recolectado fue sometido a estudios comparativos con las piezas enteras de la colección Muñiz Barreto del Museo de La Plata. Del conjunto total se seleccionó una muestra de 60 tiestos correspondientes a bordes y cuerpos, mayoritariamente decorados, en los cuales se reconocieron atributos casi idénticos, tanto a nivel tecnológico como decorativo, a los registrados en la porción Ciénaga de la Colección.

El análisis petrográfico permitió reconocer tanto las características generales de las pastas como identificar sus componentes principales. En todos los casos, en la confección de la cerámica se ha utilizado un sedimento fino a muy fino caracterizado por la presencia de abundante material micáceo y félsico. Las partículas presentan una orientación preferencial paralelas a la trayectoria del fragmento. Las partículas mayores no se distinguen a ojo desnudo,

a excepción de dos casos que poseen un tamaño máximo de 0,25 mm. La matriz, en general, tiene un color ante uniforme con variaciones menores dentro de esta tonalidad.

Con respecto a las inclusiones presentes se analizaron los componentes cristalinos, líticos y vítreos. A partir del estudio y descripción de los cortes delgados fue posible individualizar tres grupos que indican distintos orígenes para las inclusiones –plutónico, volcánico y metamórfico–.

El grupo mayoritario (45 tiestos) se caracteriza por la presencia de abundantes vitroclastos (pumitas y trizas) y cristaloclastos, básicamente de plagioclasas, en algunos casos euhedrales y fracturados que evidencian su carácter genético vinculado a depósitos piroclásticos (vulcanismo explosivo). Se han identificado litoclastos accesorios (volcánicos) y escasos plutónicos y metamórficos.

El segundo grupo, representado por cuatro fragmentos, se caracteriza por la presencia de litoclastos plutónicos, en algún caso acompañados de microclino y cuarzo con extinción ondulante. No se encuentran litoclastos volcánicos ni vitroclastos. Las inclusiones suponen una procedencia a partir de rocas del basamento cristalino.

El tercer grupo de fragmentos, en total ocho tiestos, se caracteriza por una mezcla de inclusiones de litoclastos volcánicos (lavas y tobas), con otros de origen plutónico y/o metamórfico que se asocian en ocasiones con granos de cuarzo policristalino con extinción ondulante y microclino. Este grupo carece de inclusiones de origen piroclástico tales como pumitas y trizas vítreas. Las características de las inclusiones en este último grupo evidencian diferentes áreas de aporte a partir de rocas volcánicas y plutónicas y/o metamórficas.

La ausencia de ciertos componentes (vitroclastos y litoclastos diagnósticos) en tres ejemplares, ha impedido incluirlos en los grupos descritos. Esto podría vincularse a defectos en la confección de los cortes delgados. Se observan fracturas internas, con espacios vacíos que podrían interpretarse como el arrastre de material a consecuencia de la utilización de materiales abrasivos gruesos o inapropiados.

Los resultados del análisis petrográfico de los fragmentos cerámicos seleccionados indican que existe una correspondencia composicional con rocas aflorantes en los alrededores de los sitios arqueológicos. Por el momento podemos plantear la existencia de dos pastas base para la confección de la cerámica que, con variantes menores se repiten en la mayoría de los fragmentos. La segregación de dos tipos de pastas se basa en la presencia/ausencia de material piroclástico asociado.

La pasta correspondiente a la mayoría de los tiestos (75%) estaría compuesta por un sedimento fino, rico en material micáceo y félsico correspondiente a la mátrix y abundante material piroclástico evidenciado por la presencia de fragmentos pumíceos y trizas vítreas. A nivel de cristaloclastos se destacan el cuarzo, las micas (mayoritariamente biotita con muscovita subordinada); feldespatos y plagioclasas y anfíboles. En cuanto a los litoclastos, se reconocen de tipo volcánico, plutónico (asociados con microclino) y en menor proporción de origen metamórfico. Esta pasta corresponde al grupo 1. La presencia de inclusiones de procedencia volcánica explosiva se vincula con los depósitos correspondientes a la formación geológica regional –piso denominado araucanense– y en parte al complejo volcánico al cual se asocia.

Una segunda fórmula estaría compuesta por una mátrix similar a la anterior pero carente de material piroclástico. Las inclusiones identificadas corresponden, a nivel de los litoclastos, a material tanto plutónico como volcánico de distinta procedencia. Los cristaloclastos presentes

son coincidentes con la pasta anterior. Esta pasta se corresponde con los denominados grupos 2 y 3 y se vincula composicionalmente con rocas madres de naturaleza ígnea (volcánica y plutónica) y en menor medida, metamórficas que afloran en el área de estudio.

Las pastas caracterizadas se corresponden con sedimentos que están presentes en los perfiles descritos en la zona (Andreis 1962). Por lo tanto, es altamente probable que las materias primas utilizadas sean de origen local.

Dichas materias primas, transformadas en pastas cerámicas, habrían sido utilizadas por los alfareros de La Ciénaga a lo largo de todo su desarrollo, ya que los fragmentos muestreados combinan el rango completo de atributos técnicos y decorativos atribuidos a la cerámica representativa de la entidad Ciénaga (Zagorodny y Balesta 2005).

COMPOSICIÓN Y DISTRIBUCIÓN DE LOS ACOMPAÑAMIENTOS FUNERARIOS

A fin de evaluar la significación diferencial de los acompañamientos funerarios, los mismos se dividieron en dos categorías:

- material cerámico
- material no cerámico

En el análisis de la primera categoría se consideró la cantidad de objetos acompañantes por tumba—sobre la muestra del sector Noreste de la necrópolis— y la presencia en las mismas de objetos cerámicos poco frecuentes—pipas, esculturas, representaciones icónicas zoomorfas y antropomorfas—. También se analizaron objetos de escasa presencia confeccionados con otros tipos de materia prima tales como piedra, cobre y malaquita.

En la contabilización de las piezas cerámicas que acompañaban a los esqueletos inhumados por cada unidad de entierro se tuvieron en cuenta las diferencias por categoría etaria y por modalidad de inhumación (individual o múltiple).

Análisis cuantitativo de la cerámica

Los ajuares cerámicos del cementerio 1 estuvieron representados por 398 objetos, el cementerio 9 por 136, para los sepulcros entre cementerios se contabilizaron 124 piezas y 367 para el cementerio 10.

A los efectos de realizar un análisis desde el punto de vista cuantitativo se agruparon los entierros en:

- aquéllos sin acompañamiento cerámico,
- los que exhibían uno o dos piezas, y
- los que contaban con tres o más de tres objetos.

Este criterio obedece al hecho de que existen altos porcentajes de ajuares que presentan una y dos piezas, mientras que es escaso el número de tumbas con tres, con cuatro, con cinco, etc. por lo cual se decidió formar dos grupos representativos y contabilizar aparte las tumbas sin ofrendas (Tabla 4).

En el cementerio 1, para la categoría subadultos, es elevado el porcentaje de tumbas sin objetos tanto en unidades de entierro individuales como múltiples (45% y 46%

respectivamente). El número de piezas acompañantes es significativamente mayor en las tumbas múltiples que en las individuales (en estas últimas sólo el 17% presenta tres o más de tres objetos, mientras que esto acontece en el 31% de las múltiples). En los adultos, el 33% de las tumbas carece de ajuar en los entierros individuales, mientras que todos los entierros múltiples presentan por lo menos una pieza. Por otra parte, en las tumbas de adultos individuales el 67% consta de tres piezas o más y en los casos de entierros múltiples este porcentaje se eleva al 77%.

En las tumbas de subadultos individuales del cementerio 9 –no hay entierros múltiples en esta categoría– el 33% no presenta objetos mientras que el 67% exhibe tres o más. En adultos individuales no hay entierros sin acompañamiento y el 60% presenta tres o más piezas en tanto que en los adultos múltiples la totalidad de las tumbas presentan ajuares con tres o más de tres objetos.

En los sepulcros entre cementerios en la categoría subadultos individuales el 10% se presenta sin acompañamiento y el 35% con un mínimo de tres objetos. Existe una diferencia significativa respecto de los entierros múltiples de subadultos, ya que todos ellos exhiben tres o más piezas. En los adultos, tanto individuales como múltiples, no hay tumbas sin ajuar y entre el 60% (tumbas individuales) y el 100% (tumbas múltiples) presentan tres o más vasijas.

El 41% de los entierros de subadultos del cementerio 10 no tiene acompañamiento y sólo el 15% presenta tres o más piezas. En las tumbas individuales de adultos se registra un porcentaje inusualmente alto para esta categoría etaria, de entierros sin ajuar (50%) mientras que el 39% tienen tres o más piezas; en cambio en todas las tumbas múltiples de adultos se registran por lo menos tres vasijas.

Tabla 4. Análisis cuantitativo de la cerámica

Espacio funerario	Edad	Modalidad	Sin ajuar	1/2 objetos	3 o más objetos
Cementerio 1	Subadultos	Individual	45%	38%	17%
		Múltiple	46%	23%	31%
	Adultos	Individual	33%	0%	67%
		Múltiple	0%	23%	77%
Cementerio 9	Subadultos	Individual	33%	56%	11%
		Múltiple	-	-	-
	Adultos	Individual	0%	40%	60%
		Múltiple	0%	0%	100%
Entre cementerios	Subadultos	Individual	10%	55%	35%
		Múltiple	0%	0%	100%
	Adultos	Individual	0%	40%	60%
		Múltiple	0%	0%	100%
Cementerio 10	Subadultos	Individual	31%	44%	15%
		Múltiple	-	-	-
	Adultos	Individual	50%	11%	39%
		Múltiple	0%	0%	100%

Los resultados obtenidos indican algunas tendencias generales en lo que respecta al número de piezas cerámicas ofrendadas en relación con la edad de los inhumados. Se puede observar que existe una mayor presencia de objetos cerámicos en tumbas de adultos y que los ajuares con mayor número de piezas corresponden a entierros múltiples de adultos.

Objetos cerámicos significativos

Entre las vasijas cerámicas se ha observado que algunas tienen características significativas. Se trata de piezas escultóricas –antropomorfas, zoomorfas y zooantropomorfas–, que requieren mayor dificultad y/o destreza para su fabricación y que se presentan con muy baja frecuencia.

Los objetos escultóricos en la muestra son 11; tres son antropomorfos, siete zoomorfos y uno zooantropomorfo. Una de las vasijas se encontró en el área de Sepulcros entre cementerios, dos en el cementerio 1, dos en el cementerio 9 y seis en el cementerio 10. Los objetos de esta clase se depositaron en tumbas individuales de subadultos –cinco ejemplares– o en tumbas múltiples de adultos –seis especímenes–. Se asocian frecuentemente a otros objetos de escasa presencia tales como cuentas y collares de malaquita, una pipa, una aguja y pulseras de cobre. En ocho tumbas se presentan con acompañamientos cerámicos abundantes –tres objetos en una tumba y de cuatro a 23 vasijas en las demás–. En los tres casos restantes –todos entierros de subadultos individuales–, cada objeto de este tipo se constituye en la única pieza cerámica presente, en uno de ellos acompañada por un pan de pigmento rojo –elemento que tampoco es habitual en estas inhumaciones–.

También se han considerado con una significación diferencial las imágenes que exhiben representaciones figurativas, tanto zoomorfas como antropomorfas, que constituyen un 4% de la muestra.

Las representaciones zoomorfas son 19; 12 de ellas fueron identificadas como camélidos (parte de las que aquí se han tratado dentro del complejo felínico propuesto por González 1972). Dentro de los camélidos, 10 se hallan en el cementerio 1 “sector continuación” –adyacente al cementerio 10– y dos en el cementerio 10. Tres son representaciones de anfibios (*sensu* González 1977), todas localizadas en el cementerio 10; tres corresponden a marimonda o mono araña (*sensu* Berberian y García Azcárate 1975) y se hallaron en el cementerio 1 mientras que la única representación ornitomorfa se encontró en el cementerio 9.

Las representaciones antropomorfas registradas son seis, tres corresponden a piezas del cementerio 1 y tres al cementerio 10. Todas las piezas con representaciones antropomorfas se encuentran en entierros de adultos; las del cementerio 1 se hallaron en tumbas múltiples de adultos.

Sobre un total de 25 piezas con representaciones icónicas, 16 se hallan en el cementerio 1 (nueve de las mismas en el “sector continuación”), ocho en el cementerio 10 y una en el cementerio 9.

Las piezas analizadas se reparten en seis tumbas de subadultos (24%) y 19 de adultos (72%). Todos los entierros de subadultos en que se registraron son individuales mientras que en los de adultos pueden ser individuales (28%) o múltiples (72%)

Otros objetos poco frecuentes están representados por las pipas, que en la muestra suman 12 especímenes. Diez de ellas fueron fabricadas en cerámica y dos en piedra (Fernández *et al.*

1999). Todas las pipas se registraron en tumbas de los cementerios 1 “sector continuación” y 10. En el cementerio 1 correspondían a entierros múltiples de adultos próximos entre sí, en algunos casos contiguos. En el cementerio 10 se hallaron en tumbas de adultos, con excepción de una inhumación de un subadulto, acompañada por una cuenta de malaquita. En la mayor parte de los casos la presencia de pipas se asocia a ajuares cerámicos profusos.

Acompañamientos funerarios no cerámicos

Los acompañamientos funerarios estuvieron compuestos en su gran mayoría por objetos cerámicos (88%). Sin embargo, se registra la aparición en algunas tumbas, de objetos realizados en otras materias primas tales como piedra, cobre y malaquita.

La piedra se usó para manufacturar bolas, morteros, vasos y dos de las pipas; la malaquita para collares y pulseras y el cobre para collares, pulseras e instrumentos.

Las materias primas utilizadas para confeccionar bolas, morteros, vasos y pipas corresponden a rocas ígneas y metamórficas presentes en la zona (Balesta 2000).

En cuanto a la existencia de cobre y malaquita en los ajuares podemos señalar que los yacimientos más próximos y de relevancia detectados hasta el presente se encuentran a 35 km de La Ciénaga, entre 3300 y 3500 msnm (Angelelli *et. al.* 1970), si bien existe una referencia acerca de la existencia de “pequeñas manifestaciones de minerales de cobre, a saber: calcopirita, bornita y malaquita” (Angelelli 1950: 337) en el Distrito Culampajá (Departamento de Belén), cercano al área abarcada en este estudio.

En función de los yacimientos relevantes identificados y de la referencia acerca de la amplia difusión de los minerales de cobre y la existencia de pequeñas manifestaciones en algunas vetas de otros metales, se pueden plantear dos alternativas: que estas materias primas no provenían de fuentes de obtención locales, sino que eran traídas desde yacimientos de relevancia relativamente lejanos o que provenían de fuentes cercanas pero escasas. La escasez de objetos confeccionados con estos materiales podría implicar dificultades para su obtención, ya sea desde el punto de vista de la localización como de la cantidad de mineral extraíble.

En el cementerio 1 hay 38 objetos de esta clase: 48% corresponden a ejemplares de piedra, el resto en porcentajes iguales a cobre y malaquita. El registro del cementerio 9 indica 26 objetos: 42% de ellos son de piedra, 31% de cobre y el 27% de malaquita. Los sepulcros entre cementerios sólo presentan cuatro objetos de esta clase: tres de cobre y uno de malaquita. En el cementerio 10 se relevaron 41 objetos: el 46% corresponde a especímenes de malaquita y el resto se reparte entre piedra y cobre. Si correlacionamos la información obtenida con el tipo de tumba en la que se encontraban, podemos apreciar que:

- en el cementerio 1, la totalidad de los objetos se encuentran distribuidos en 23 tumbas (12 de subadultos, 10 de adultos y una sin adscripción). En las tumbas de subadultos el mayor porcentaje corresponde a objetos de piedra y en adultos la mayor proporción de objetos están realizados en cobre.
- en el cementerio 9 los objetos se encuentran repartidos en siete tumbas, una de subadulto y seis de adultos. Sólo se registra presencia de cobre y malaquita en tumbas de adultos.
- en los sepulcros entre cementerios hay seis objetos distribuidos en cuatro tumbas -sólo una de subadultos. Aparecen únicamente cobre y malaquita, el primer material acompañando a esqueletos de adultos y el segundo en una tumba de subadulto.

- en el cementerio 10 se registraron estos materiales distribuidos en 22 entierros –ocho corresponden a subadultos y dos no tienen adscripción– pero en los entierros de subadultos no hay objetos de cobre, mientras que en los de adultos no hay piedra.

A modo de síntesis sobre los acompañamientos

A modo de síntesis de lo expuesto sobre la composición y distribución de los ajuares se puede apuntar que los entierros de adultos en todos los cementerios presentan mayor cantidad y proporciones de ofrendas por tumba –tanto en el registro cerámico como no cerámico– que los de subadultos. Los entierros múltiples registran mayor profusión de acompañamiento cerámico que los individuales, tanto en adultos como en subadultos.

El cementerio 9 y los sepulcros entre cementerios presentan los mayores promedios de piezas cerámicas por entierro –4 y 3,4 piezas respectivamente–. Por otra parte, el cementerio 1 es el que presenta el mayor porcentaje en tumbas de adultos individuales entre cero y dos piezas. Estos resultados se pueden correlacionar con el hecho de que el cementerio 9 es el que contiene mayor proporción de adultos y el cementerio 1 de subadultos. Un dato llamativo es el alto porcentaje de adultos sin ajuar registrado en el cementerio 10.

Con respecto a los objetos significativos, se ha observado que las piezas escultóricas localizadas en tumbas de subadultos siempre corresponden a entierros individuales, mientras que las asociadas a adultos se hallaron en tumbas múltiples. Por otra parte, las vasijas con frisos icónicos se encuentran fundamentalmente en los cementerios 1 –sobre todo en el sector continuación– y 10. Las pipas se asocian mayoritariamente a tumbas con mayor cantidad y diversidad de ajuar, localizadas en sectores adyacentes a los denominados cementerios 1 y 10 y en algunos casos, en entierros contiguos entre sí. Su aparición es casi exclusiva en tumbas de adultos, con mayor frecuencia en los entierros múltiples. Los especímenes de cobre son escasos; en general artículos ornamentales; se trata de argollas en forma de anillos, cuentas enhebradas sobre los cuellos y brazos de los individuos, mayoritariamente inhumados en tumbas de adultos. Finalmente, la malaquita es escasa, utilizada para elaborar adornos, fundamentalmente presente en tumbas de adultos aunque también se halla en las de subadultos.

Según los resultados comentados se puede señalar la existencia de un patrón sectorizado para la disposición de objetos poco frecuentes, que privilegia su localización en mayor medida en el “sector continuación” del cementerio 1 y en el cementerio 10 –que son adyacentes–, mientras que los acompañamientos cerámicos más profusos se hallan en el cementerio 9 y los sepulcros entre cementerios.

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL FORMATIVO Y LA SIGNIFICACIÓN DE LAS PRÁCTICAS FUNERARIAS EN EL VALLE DE HUALFÍN

En la formulación del Formativo se puede seguir un recorrido histórico que lo ha caracterizado como etapa cultural y cronológica, como un momento de consolidación en las estrategias de producción de alimentos y alfarería, de estabilización de un modo de vida sedentario, de aparición de arquitectura y parafernalia ceremonial, como propio de

sociedades multicomunitarias y productoras de energía (González y Pérez 1966; Núñez Regueiro 1974; Raffino 1977, 1988; Tartusi y Núñez Regueiro 1993, González 1998; Olivera 2001; Delfino *et al.* 2009; Franco Salvi *et al.* 2009; entre otros). No obstante, desde estas conceptualizaciones, surgen preguntas en torno a si existen rasgos o conjuntos de rasgos que representen un correlato material que permita, a través de su presencia, identificar este momento Formativo.

Ante la problemática de la aparición de discontinuidades en el registro, tanto a nivel espacial como temporal, generalmente se ha usado la cerámica como fósil guía, tal es el caso de la secuencia formulada por González y Cowgill (1975) para el Valle de Hualfín. Específicamente en lo que concierne a este valle, hemos detectado diversas inconsistencias en la periodificación tradicional, por lo cual buscamos identificar los motivos que las produjeron y proponer una explicación de lo que estaba sucediendo, a partir de la interpretación de la evidencia funeraria de la necrópolis de La Ciénaga.

El análisis realizado nos posibilitó identificar características particulares tanto respecto de la construcción del espacio funerario como de los acompañamientos colocados en las tumbas. Con respecto al espacio se detectaron diferencias en el número de tumbas que componen cada “cementerio”, lo cual podría habernos llevado a pensar que la densidad de la población fue variando en el tiempo; sin embargo, las variaciones en el número de tumbas por cementerio y en la composición etaria de cada uno de ellos indican fuertes desequilibrios que nos llevaron a descartar esa idea.

Por otra parte, si comparamos los cementerios entre sí, la modalidad de disposición espacial de los cuerpos dentro de las tumbas no muestra diferencias. Como ya se ha comentado, las distinciones más apreciables en términos generales se registran con referencia a las edades de los cuerpos enterrados, la modalidad de entierros en contenedores cerámicos para los subadultos, la existencia de sectores casi enteramente dedicados a cada categoría etaria y cantidades y calidades diferenciales de ajuar funerario en los entierros.

Como síntesis de lo expresado se puede concluir que existe un patrón de disposición por sectores en los que se marcan distinciones entre edades, modalidades de entierro y ajuares.

Con respecto a los acompañamientos funerarios cerámicos, los estudios realizados indican que hubo una planificación en la manufactura de vasijas destinadas a ser depositadas junto a los cuerpos. Esta enunciación queda atestiguada por:

- la relativa homogeneidad en la composición de las pastas y la alta probabilidad de utilización de materiales provenientes de la misma zona;
- la baja diversidad morfológica y la escasa variación en el tamaño de las piezas;
- la elección reiterada de áreas específicas, en cada morfología, para la aplicación de determinados trazados decorativos, y
- el escaso número de unidades mínimas utilizadas para las representaciones, que se aplican tanto a la conformación de frisos icónicos como no icónicos, lo cual indica la continuidad de una estructura cognitiva plasmada en la decoración.

A las evidencias de planificación ya comentadas se suman otros indicadores que sugieren que se trató de piezas hechas para el destino funerario y no para uso cotidiano, tales como la ausencia de huellas de uso doméstico –con excepción de pocos casos constituidos por los “jarros calceiformes”– y la aparición de piezas semejantes en morfología y/o dimensiones y/o decoración dentro de una misma tumba (Figura 6).



Figura 6. Ajuar cerámico de la tumba 181.

Por otra parte, se ha detectado una distribución diferencial para acompañamientos funerarios cerámicos y no cerámicos poco frecuentes –objetos escultóricos, frisos icónicos, pipas y objetos confeccionados con cobre y malaquita– sobre la cual ya hemos comentado su sectorización.

¿Cuál es entonces la significación de la evidencia funeraria en el análisis de estos momentos del Valle de Hualfín y cómo puede aportar a la discusión sobre el Formativo?

Creemos que los depósitos funerarios conforman prácticas sociales que integran diversas dimensiones –material, temporal y social– que configuran el paisaje, concebido tanto en su materialidad como en su capacidad para significar y direccionar relaciones sociales (Smith 2003; Wynveldt y Balesta 2009; Balesta *et al.* 2011). La realización de estas prácticas sociales no constituye sólo un conjunto programado de acciones preestablecidas, sino que dichas acciones adquieren significación en el momento en que se llevan a cabo, en relación con las personas inhumadas, pero también involucran intereses y representaciones sociales que incluyen al mundo de los vivos. En tal sentido, las prácticas funerarias, además de plasmar ideologías y costumbres, constituyen el reflejo de intereses sociales de los grupos involucrados, sobre la base de las posibilidades materiales que permiten su implementación y su reproducción (Lull 1997-1998).

Cada tumba representa un ingreso de trabajo social, tanto en su construcción y preparación como en su contenido.

Lull (1997-98) sostiene que cuando se produce un deceso, el protagonista no es el individuo sino el trabajo social. Los muertos son ajenos al producto del ritual que los incluye

y que paradójicamente consumen. La sociedad, en cada ritual funerario, exige una cierta producción, que reproduce un orden social deseado y que amortiza, a través de este ritual, el trabajo social consumido. Los individuos enterrados son productos sociales y si entre ellos existen disimetrías, se deben al trabajo social invertido en sus tumbas y en sus contenidos.

Por tal motivo hemos tratado de evaluar las diferencias entre las mismas. Los resultados obtenidos muestran variaciones en el registro material que no parecen corresponder a cuestiones cronológicas sino a diferencias entre individuos y/o grupos. Dos situaciones particulares en tal sentido están constituidas por la existencia de tumbas individuales de subadultos con ajuares relevantes y de un alto porcentaje de entierros individuales de adultos –sectorizados en el cementerio 10– que no presentan ofrendas.

Diversos autores han relacionado las expresiones funerarias, especialmente las localizaciones de tumbas y características y composición de ajuares, con la reafirmación de derechos de propiedad, consolidación de relaciones domésticas, lazos de descendencia y/o cuestiones de etnicidad (Goldstein 1976; Charles y Buikstra 1983; Nielsen 2006).

Por otra parte, en las sociedades domésticas agrícolas el proceso de reproducción se cumple a través de procedimientos de largo término, como la filiación. Ésta, y consecuentemente la sucesión, sancionan las ceremonias más significativas, entre las cuales se encuentran los funerales (Meillassoux 1985).

Teniendo en cuenta que nos ubicamos en un momento de consolidación en la producción agropastoril y considerando las evidencias en la funebria, existentes para el Formativo/Temprano en el Valle de Hualfín, se registra una transformación de prácticas funerarias que se configuran en la “tradición Ciénaga” que se diferencia del registro existente para momentos previos (González 1955; Sempé *et al.* 2005) y se refleja en el patrón de recurrencias comentado *ut supra*.

El surgimiento de la tradición funeraria Ciénaga se podría constituir en un punto de inflexión que marca la aparición de competencia entre grupos sobre recursos –como la tierra y el agua–, que configuran ya no objetos, sino medios de producción (Meillassoux 1985). En el registro funerario, el acceso diferencial a los recursos se refleja en la disposición de cantidades y calidades de artículos en algunos entierros individuales de subadultos y en los entierros múltiples en los que se exalta la membrecía grupal. Esta interpretación se puede articular y contrastar con la propuesta de competencia social, detectada en el ámbito doméstico, para otras áreas del NOA (Franco Salvi *et al.* 2009).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Andreis, R.

1962 *Composición mineralógica de los sedimentos provenientes de la Barranca del Río Hualfín, frente a los cementerios*. Informe disponible en el Laboratorio de Análisis Cerámico. Facultad de Ciencias Naturales y Museo. Universidad Nacional de La Plata, La Plata.

Angelelli, V.

1950 *Recursos Minerales de la República Argentina. I. Yacimientos metalíferos*. Revista del Instituto Nacional de Investigaciones Científicas B. Rivadavia, Ciencias Geológicas, Tomo II, Buenos Aires.

Angelelli, V., J. C. Fernández Lima, A. Herrera y L. Aristarain

1970 *Descripción del Mapa Metalogenético de la República Argentina. Minerales Metalíferos*. Anales XV, Dirección Nacional de Geología Minera, Buenos Aires.

Balesta, B.

2000 La significación en la funebria de La Ciénaga. Tesis doctoral no publicada. Biblioteca de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.

Balesta, B., N. Zagorodny y F. Wynveldt

2011 La configuración del paisaje Belén (Valle de Hualfín. Catamarca). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 36: 149-175.

Balesta, B. y N. Zagorodny

2000 Memorias e intimidades de una colección arqueológica. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 25: 41-50.

Balfet, H., M. Fauvet-Berthelot y S. Monzón

1992 [1983] *Normas para la descripción de vasijas cerámicas*. Centre d'Etudes Mexicaines et Centraméricaines, México.

Berberián, E. y J. García Azcárate

1975 Dos Manifestaciones Plásticas de la Cultura Arqueológica "La Ciénaga" del Noroeste Argentino. *Revista del Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Tucumán*. Serie III. Volumen 2: 189/196.

Castro Martínez, P. V., R. W. Chapman, S. Gili Suriñach, V. Lull, R. Micó Pérez, C. Rihuete Herrada, R. Risch y M. E. Sanahuja Yll

1993/94 Tiempos sociales de los contextos funerarios argáricos. *An- Murcia* 9-10: 77-105.

Charles, D. y J. Buikstra

1983 *On Mortuary Analysis -With Special Reference to the Saxe- Binford Research Program*. Plenum Publishing Corporation, New York.

Delfino, D., V. E. Espiro y R. A. Díaz

2009 Modos de vida situados: el Formativo en Laguna Blanca. *Andes* 20: 111-134.

- Díaz Andreu, M. y S. Lucy
2005 Introduction. En *The archaeology of identity. Approaches to gender, age, status, ethnicity and religion*, editado por M. Díaz *et al.*, pp. 13-42. Routledge, London.
- Fernández, A., G. Raviña y B. Balesta
1999 *Las pipas precolombinas del Noroeste Argentino*. Corpus Antiquitatum Americanensis, Union Academique International/Academia Argentina de la Historia, Buenos Aires.
- Franco Salvi, V., J. Salazar y E. Berberían
2009 Reflexión teórica acerca del formativo y sus implicancias para el estudio del Valle de Taí durante el primer milenio d.c. *Andes* 20: 197-217.
- Goldstein, L.
1976 *Spatial Structure and Social Organization: Regional Manifestations of Mississippian Society*. Northwestern University, Evanston.
- González, A. R.
1955 Contextos culturales y cronología relative en el Área Central del N. O. Argentino. *Anales de Arqueología y Etnología* 11: 7-32.
1972 The Felinic Complex in Northwest Argentina. En: *The Cult of the Feline*. Trustees for Harvard University, Washington D. C.
1998 *Cultura La Aguada. Arqueología y diseños*. Filmediciones Valero, Buenos Aires.
- González, A. R. y J. A. Pérez
1966 El Área Andina Meridional. *Actas del XXXVI Congreso Internacional de Americanistas*, Vol. 1:241-265. Sevilla.
- González, A. R. y G. Cowgill
1975 Cronología arqueológica del Valle de Hualfín, Pcia. de Catamarca, Argentina. Obtenida mediante el uso de computadoras. *Actas del I Congreso de Arqueología Argentina*: 383-395. Rosario.
- Howell, T. L. y K. W. Kintigh
1996 Archaeological Identification of Kin Groups Using Mortuary and Biological Data: An Example from the American SouthWest. *American Antiquity* 61: 537-554.
- Lull, V.
1997-1998 El Argar: la muerte en casa. *An-Murcia* 13-14: 65-80.
- Magariños de Morentín, J. A.
1998 Manual Operativo para la Elaboración de “Definiciones Contextuales” y “Redes Contrastantes”. *Signa. Revista de la Asociación Española de Semiótica* 7: 233-253.
- Meillassoux, C.
1985 *Mujeres, graneros y capitales*. Siglo XXI, México.
- Nielsen, A. E.
2006 Plazas para los antepasados: Descentralización y poder corporativo en las forma-

- ciones políticas preincaicas de los Andes circumpuneños. *Estudios Atacameños* 31: 63-89.
- Núñez Regueiro, V.
1974 Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al análisis del desarrollo cultural del Noroeste Argentino. *Revista del Instituto de Antropología* 5: 169-190.
- Olivera, D. E.
2001 Sociedades agropastoriles tempranas: el Formativo Inferior del noroeste argentino. *Historia Argentina Prehispánica*, Tomo I: 83-125. Editorial Brujas, Córdoba.
- Raffino, R. A.
1988 *Poblaciones Indígenas en Argentina*. Editorial TEA, Buenos Aires.
- Sempé, M. C., S. Salceda y B. Desántolo
2005 El Período Temprano Inicial en Azampay y sus relaciones. En *Azampay. Presente y pasado de un pueblito catamarqueño*, editado por Sempé, M. C., S. Salceda y M. Maffia. pp. 203-232. Editorial Al Margen. La Plata.
- Smith, A.
2003 *The Political Landscape*. University of California Press, Los Angeles.
- Tartusi, M. y V. Núñez Regueiro
1993 *Los Centros Ceremoniales del NOA*. Publicaciones 5, Serie Ensayos 1. Instituto de Arqueología, Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán.
- Tilley, C.
1999 *Metaphor and material culture*. Blackwell. Great Britain.
- Weiser, V. y F. Wolters
1924-1926 Correspondencia y libretas de campo expediciones al NOA años 1924 a 1926. Departamento Científico Arqueología. Museo de La Plata.
- Wynveldt, F.
2009 *La Loma de los Antiguos de Azampay: un sitio del Valle de Hualfín (Catamarca, Argentina)*. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.
- Wynveldt, F. y B. Balesta
2009 Paisaje socio-político y beligerancia en el Valle de Hualfín (Catamarca, Argentina). *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología* 8:143-167.
- Zagorodny, N. y B. Balesta
2005 Estudio multidimensional de la alfarería de La Ciénaga. *Presente y pasado de un pueblito catamarqueño*, editado por C. Sempé, S. Salceda y M. Maffia, pp. 267-288. Ediciones Al Margen, La Plata.